

CUADERNILLOS DE POESIA

Dirigidos por Simón Latino

1. *GUILLERMO VALENCIA*
2. *JULIO FLOREZ*
3. *JOSE ASUNCION SILVA*
4. *PABLO NERUDA*
5. *RAFAEL POMBO*
6. *RUBEN DARIO* (fin de la 1a. Serie)
7. *PORFIRIO BARBA-JACOB*
8. *JOSE SANTOS CHOCANO*
9. *RIVERA, CASTILLO, RASCH ISLA*
10. *ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS*
11. *FEDERICO GARCIA LORCA*
12. *AMADO NERVO* (fin de la 2a. Serie)
13. *ANTONIO MACHADO*
14. *AURELIO MARTINEZ MUTIS*
15. *FRANCISCO LUIS BERNARDEZ*
16. *EDUARDO CARRANZA*
17. *GABRIELA MISTRAL*
18. *LUIS C. LOPEZ* (fin de la 3a. Serie)
19. *RICARDO NIETO*
20. *JUAN RAMON JIMENEZ*
21. *ALFONSINA STORNI*
22. *ANDRES ELOY BLANCO*
23. *OBESO, GUILLEN, ARTEL Y OTROS*
24. *MEDARDO ANGEL SILVA, CARRERA ANDRADE, DAVILA ANDRADE* (fin de la 4a. Serie).
25. *J. E. CARO, DIEGO FALLON, JORGE ISAACS.*

Siguen todos los demás poetas de renombre.

Con el Cuadernillo No. 6 concluye la primera Serie de esta colección, con el No. 12 la segunda, con el No. 18 la tercera y con el 24 la 4a. La Librería tiene a la venta las Series completas, primorosamente empastadas.

EDITORES Y DISTRIBUIDORES



Carrera 7a. No. 18-70. Apartado 3606. Tel. 21-359

PRECIO: \$ 0.60

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Medardo Angel Silva - Carrera Andrade - Vicente Fox - Ricardo Nieto - J. E. Caro - Diego Fallon - Jorge Isaacs - Obeso - Guillen - Artel y otros - Medardo Angel Silva, Carrera Andrade, Davila Andrade - Ruben Dario - Porphirio Barba-Jacob - Jose Santos Chocano - Rivera, Castillo, Rasch Isla - Ismael Enrique Arciniegas - Federico Garcia Lorca - Amado Nervo - Antonio Machado - Aurelio Martinez Mutis - Francisco Luis Bernardez - Eduardo Carranza - Gabriela Mistral - Luis C. Lopez - Ricardo Nieto - Juan Ramon Jimenez - Alfonsina Storni - Andres Eloy Blanco

MEDARDO ANGEL SILVA
JORGE CARRERA ANDRADE
CESAR DAVILA ANDRADE

SUS MEJORES VERSOS

●
CUADERNILLOS
DE POESIA
DIRIGIDOS POR
SIMON LATINO

24

LA GRAN COLOMBIA -- BOGOTA

TRES POETAS ECUATORIANOS

por CRISTOBAL GARCES LARREA

Los poetas Medardo Angel Silva, Jorge Carrera Andrade y César Dávila Andrade, representan las cifras sustantivas de tres momentos de la poesía ecuatoriana contemporánea.

Se puede decir, sin temor a equivocaciones, que es a partir de la generación de Medardo Angel Silva que aparece en el Ecuador un movimiento lírico de trascendencia indiscutible. Es claro que antes brillaron recios temperamentos poéticos --el Padre Aguirre, por ejemplo, en la Colonia; y José Joaquín de Olmedo, en las primeras horas de la Independencia--, pero sólo fueron voces esporádicas perdidas en la profunda tiniebla lírica de la Colonia y de la Independencia.

La generación de Medardo Angel Silva irrumpe al comienzo del siglo y la integran a más de Silva los más finos y dolorosos poetas que haya tenido mi patria: Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño, Humberto Fierro y José María Egas. Cruzaron brevemente por el escenario de la poesía. Llevaban el trágico sino de los «fin de Raza». Eran trágicos, enfermos de melancolía e inadaptados al rudo medio ecuatoriano y realizaron una honda poesía enlutada, de insatisfacciones, de temor a la vida y de ansias de evasión. Vivieron una vida intensa, agitados por recias tempestades secretas en medio de paraisos artificiales y versos de Verlaine, Samain, o Baudelaire.

Dejaron pocos libros. Pocos pero definitivos. Medardo Angel Silva, apenas dos: «El Arbol del Bien y del Mal» y «María Jesús», el primero, de poesía y el segundo, una novela.

La poesía de Silva revela una alma torturada. Casi siempre está presente el deseo de morir, la insatisfacción de vivir, el tedio y la melancolía. En uno de sus poemas expresa su perenne estado de alma:

¡Oh, vida inútil, vida triste,
que no sabemos en qué emplear!
Nos cansa todo lo que existe
por conocido y por vulgar.

¡Nuestro mal no tiene remedio
y por siempre hemos de sufrir
la cruel mordedura del tedio
y la ignominia de vivir!

Y cuando tenía la fama a sus plantas, cuando su pueblo, el de Guayaquil, cantaba su poesía en fristes serenas, una tarde, de un pistoletazo, se fugó de la vida. A esta generación dolorosa e inconforme, Raúl Andrade la bautizó con el nombre de «la generación decapitada».

En 1923 aparece otra generación de poetas apegados a su tierra. Por eso alguna vez aseguramos que con ellos nace la verdadera poesía «ecuatoriana» y nos estábamos refiriendo a lo ecuatoriano --telúrico, a las hondas raíces de la poesía nutriéndose de savia ecuatoriana. Por primera vez se asoma a la ventana de la

(Continúa en la cubierta interior de atrás)

MEDARDO ANGEL SILVA
JORGE CARRERA ANDRADE
CESAR DAVILA ANDRADE

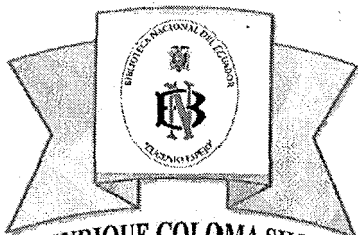
SUS MEJORES VERSOS

CUADERNILLOS
DE POESIA
DIRIGIDOS POR
SIMON LATINO

24

LA GRAN COLOMBIA — BOGOTA

LEGADO



ENRIQUE COLOMA SILVA
MARIA ELENA DONOSO DAMMER

Quito, mayo 2009

POESIA Y VIDA EN EL ECUADOR



SILVA

DAVILA

CARRERA

La colección "CUADERNILLOS DE POESIA" rinde un grato homenaje al Ecuador presentando en este número una selección de la obra de sus tres más conocidos poetas contemporáneos. Fue nuestro deseo mostrar un panorama más amplio de la lírica ecuatoriana, desde Olmedo, pero lo reducido del espacio disponible puso límite a esa ambición.

Apesar de las hondas diferencias que los separan, estos tres poetas son el índice de tres generaciones que han vivido, como todo el mundo actual, demasiado aprisa, en medio de la tragedia de una civilización de la que no es exacto decir que se derrumba, siendo más justo afirmar que se transforma. Silva es el símbolo del romanticismo decadente de principios del siglo, que para ponerse más a tono con su destino, puso fin a sus días románticamente. Carrera es el poeta cósmico, objetivo, que intenta presentar "las cosas, o sea la vida", a través de un temperamento insatisfecho. Dávila es humano, tiernamente humano, y por lo mismo, hondamente trágico.

Quien no vea en ellos lo que ha sido y puede ser el Ecuador, es porque no se ha detenido a meditar en el destino de una tierra por cuyo paralelo pasa la catástrofe renovadora, como signo de días mejores para la humanidad atormentada.

En ningún país se halla la poesía más de acuerdo con la vida que en el Ecuador. Nada más engañoso que decir—como lo dijo Goethe—que la poesía y la realidad se contraponen, cuando la verdad es que la poesía es la realidad que se sueña, "realidad más cabal que el sueño", como dice el mismo Carrera. El signo de la poesía ecuatoriana es la angustia, lo mismo en el amor que en la tragedia. Estos tres poetas así lo muestran. Pero su angustia no es, en forma alguna, negativa: ella contiene gérmenes de insatisfacción, que son semillas de vitalidad, surcos en que el Hombre, impulsado por la tragedia hacia la muerte, rebelándose contra el destino, fructifica en una nueva vida.

Ecuador, tierra sedienta, es, por eso mismo, tierra de rebelión y de poesía.

SIMON LATINO

MEDARDO ANGEL SILVA

ESTAMPA ROMANTICA

La noche es un suspiro azul que tiembla
sobre el oscuro sueño de la tierra.
El parque es un silencio perfumado.... Aletea
como un pájaro herido, torpe, la brisa negra;
se corta la palabra de la fuente reseca
en la taza de piedra.

Se va a acabar la vida.... Soñolientas
las hojas cabecean;
y sobre el alma cae la tristeza
igual que sobre un muerto un puñado de tierra.

SE VA CON ALGO MIO

Se va con algo mío la tarde que se aleja;
mi dolor de vivir es un dolor de amar;
y al són de la garúa, en la antigua calleja,
me invade un infinito deseo de llorar.

Que son cosas de niño, me dices; quién me diera
tener una perenne inconsciencia infantil;
ser del reino del día y de la primavera,
del ruiseñor que canta y del alba de Abril.

Ah, ser pueril, ser puro, ser canoro, ser suave;
trino, perfume o canto, crepúsculo o auroral
Como la flor que aroma la vida y no lo sabe,
como el astro que alumbra las noches y lo ignora.

CANSANCIO

Mi corazón solloza en su prisión sombría
y endulza suspirando la noche de su encierro;
mi alma es un ave lírica de un parque de armonía,
cuyas alas cautivas golpean contra el hierro;

Señor! ¿no saldrá mi alma de su prisión oscura?
¿nunca veré el celeste país que me ofreciste....?
Ansío paz, la paz que tu evangelio augura....
¡tan grande es mi cansancio de todo lo que existel

BOLIVAR Y EL TIEMPO

El huracán aullaba como un mastín de caza a la noche invasora....la niebla era una gasa, velando el rostro puro del día, se dijera que el hálito del viento apagaba la hoguera del sol....La sombra inmensa de los montes crecía como haciendo la noche....Cada cumbre fingía una mano extendida para coger estrellas. Alzaba sobre el mundo la más alta de ellas un pabellón de llamas. Viéndola se diría que de aquella montaña fuera a salir el día!

El Chimborazo alzaba su cabeza de abuelo entre todos. El viejo monte vecino al cielo conocía la voz del Padre de las cosas. El alba filialmente encendía de rosas su frente de patriarca. El sol era su hermano; otro gigante lo era también: el Oceanó! Su actitud al Titán rememora del mito: quizás pensó robar un astro al Infinito y la mano de Dios, frustrando la aventura, lo inmoviliza a tiempo que escalaba la altura!...

De súbito, un rumor, levísimo, tan leve como el caer de una hoja sobre el tapiz de nieve de la montaña. Aquel rumor crecía lento. El silencio se hacía, momento por momento, tan grande que, atendiendo a mil ocultos sonos, se hubiera oído el paso de las constelaciones.

Era de pies humanos aquel suave rüido. El Chimborazo alzó la faz, semidormido; y vió un hombre parado enfrente del vacío. Y el monte sintió algo como un escalofrío!...

La túnica de ese hombre era de llama, cielo y sangre. Lo envolvía como si, en vez de velo, fuera su propia carne; su frente despedía un fulgor parecido al del naciente día; su mano era capaz de doblar al Destino: le circundaba un halo de prestigio divino como una emanación de sí. Cuando el sonido de su voz rasgó el aire, se oyó como un rugido armonioso: y el Tiempo refrenó su carrera, en la nevada cúspide, para mirar lo que era!

Y sobre la montaña, al prodigio propensa, se detuvo un instante la Eternidad suspensa. Nunca, desde el Tabor, se vió mayor grandeza humillando de un monte la vetusta cabeza!

Y aquellos dos gigantes se hallaron frente a frente: los siglos como en una fugitiva corriente, circundaban las sienas del viejo; su corona eran los muertos días; en su mano temblona llevaba una hoz por cetro....

Y la figura homérica era Simón Bolívar, Libertador de América!

ESTANCIAS

I

Aquella dulce tarde pasaste ante mi vista
soberbia, en el decoro de tu vestido rosa;
inefable, irreal, melodiosa, imprevista,
como si abandonara su plinto alguna diosa.

Y perfumando la hora de lilas, te perdiste
al fondo de la calle, cual tras una áurea gasa....
mis ojos te seguían, con la mirada triste
que lanza un moribundo a la salud que pasal

II

¡Qué rosas de armonía deshojas a la tarde,
cuando sobre las teclas — lirios blancos y negros—
insinúan tus manos, en un lírico alarde,
las finas carcajadas de los locos allegros!

La agonía del sol pone de oro la estancia....
los verdinegros árboles son vagamente rojos....
y, desde el corazón, —búcaro de fragancia—
sube un dulzor de lágrimas que hace nublar los ojos.

III

Feuille d' Album

Tienes esa elegancia lánguida y exquisita
de las pálidas vírgenes que pintò Burne Jones;
y así pasas, como una visión prerrafaelita,
por los parques floridos de mis vagas canciones....

Y si el cielo azulado tu mirar extasía,
cuando el Poniente riega sus fantásticas flores;
eres como esos ángeles, que alabando a María,
se ven en los retablos de los viejos pintores!

VI

Dulzuras maternas de la hora matutina....
bajo cielos que evocan los caprichos de Goya,
mueven los frescos árboles su copa esmeraldina
que el sol de primavera fastuosamente enjoya....

Suenan voces de niños.... cristales de agua clara....
trina el mirlo.... en la calle, cruje la diligencia....
En esta hora parece que del azul bajara
una sedosa lluvia de paz y de inocencia....

VII

Mon ame est un beau lac solitaire qui
tremble....

ALBERT SAMAIN

Ni un ansia, ni un anhelo, ni siquiera un deseo,
agitan este lago crepuscular de mi alma.

Mis labios estan húmedos del agua del Letheo.
La muerte me anticipa su dón mejor: la calma.

De todas las pasiones llevo apagado el fuego,
no soy sino una sombra de todo lo que he sido,
buscando en las tinieblas, igual a un niño ciego,
el mágico sendero que conduce al olvido!

X

Sueño (en el jardín)

Inmóvil duerme el agua del estanque aceituna
bajo las melodiosas cúpulas florecidas,
y, como Ofelia en Hamlet, ve el cuerpo de la luna
inerte, sobre el lecho de las ondas dormidas....

Las dos.... soñando en ella, por la avenida voy....
mis brazos la presienten y mi labio la nombra....
Inútil idealismo! si únicamente soy
una sombra que busca las huellas de otra sombra!

XII

Sur votre jeune sein laissez
rouler ma tete.

PAUL VERLAINE

Deja sobre tu seno que caiga mi cabeza,
como un mundo cargado de recuerdos sombríos;
y dime la palabra santa y única, esa
palabra que consuela mis perennes hastíos....

O, mejor, calla.... deja que en el silencio blando
de la extinguida tarde, sobre divanes rojos,
me sienta agonizar lentamente mirando
cómo se llenan de astros los cielos y tus ojos!

XIII

Por donde ella pasaba la tragedia surgía;
tenía la belleza de una predestinada
y una noche de otoño febril aparecía
en sus ojos inmensos y oscuros retratada....

Y fué bajo el auspicio del padrino Saturno
que deshojé a sus plantas mi juventud florida....
Desde entonces padezco de este mal taciturno
que hace una noche eterna del alba de mi vida!

XIV

VELADA DEL SABADO

Marcha la luna trágica entre nubes de gasa....
sin que nadie las toque se han cerrado las puertas....
el miedo como un lobo, pasea por la casa....
se pronuncian los nombres de personas ya muertas.

El abuelo las lámparas por vez octava prende,
se iluminan de súbito semblantes aturdidos:
es la hora en que atraviesa las alcobas el duende
que despierta llorando a los niños dormidos.

CANCION DE TEDIO

¡Oh vida inútil, vida triste
que no sabemos en qué emplear!
Nos cansa todo lo que existe
por conocido y por vulgar!

Nuestro mal no tiene remedio
y por siempre hemos de sufrir
la cruel mordedura del tedio
y la ignominia del vivir!

Frívolos labios de mujeres
nos brindan su hechizo fatal;
¡infeliz del que oyó en Citeres
la voz del pecado mortal!

Vuelan las almas amorosas
hacia los ojos de abenuz,
e igual a incautas mariposas
quemán sus alas en la luz.

Pero no tienta al alma mía
dulce mirar o labio pulcro....
yo pienso en el tercer día
de permanencia en el sepulcro.

Tras de los éxtasis risueños
con luna y aves a la brisa;
se deshacen nuestros ensueños
como palacios de ceniza;
eso es hacer casa en la arena
como nos dice la Escritura.

Invariable sólo el fastidio,
siempre es el viejo spleen eterno,
el negro lago del suicidio
es la antesala del infierno.

Idealiza, tén el anhelo
del águila o de las gaviotas;
ya volverás al duro suelo,
¡caro, con las alas rotas....

Un palimpsesto es nuestra vida;
¡Dios en él borra, escribe, altera....
mas, la última hoja es conocida:
una cruz y una calavera....

Señor, cual Goethe no te pido
la luz celeste con que asombras;
¡dame la noche del olvido:
yo quiero sombras, sombras, sombras....

Yo estoy sediento del humano
consuelo para mi aflicción;
quiero en el lirio de tu mano
abandonar mi corazón.

Como una inútil alimaña
que se arroja lejos de sí,
¡anhelo arrancarme la entraña
que palpita dentro de mí!

Y con aquella calma fría
del que un precipicio no ve,
iré a buscar mi paz sombría,
no importa a dónde, pero iré....

REMINISCENCIA GRIEGA

Pan recobró su otoñal caramillo
y hace vibrar la dorada floresta,
y es—en un claro del bosque amarillo—
danza rosada de ninfas en fiesta.

Sombras desnudas temblando en la brisa
siempre más fina, más suave, más leve,
mientras el agua la imagen precisa
de piernas, rosas y cuerpos de nieve.

De lo más negro del bosque fragante
como la sangre se va de la herida,
suena la voz pastoril y galante
del armonioso instrumento panida.

Suave se irisa la hierba menuda
bajo el jazmín de los pies nacarados
y va borrando la danza desnuda
la sombra gris de los sueños pasados.

Y es un dolor armonioso, una angustia
imprecisable, amarga y ambigua:
ver tan lejana la dulce edad mustia
y la belleza de esta tarde antigua.

DANSE D' ANTRA

Va ligera, va pálida, va fina,
cual si una alada esencia poseyere.
Dios mío, esta adorable danzarina
se va a morir, se va a morir.... se muere.

Tan aérea, tan leve, tan divina,
se ignora si danzar o volar quiere;
y se torna su cuerpo un ala fina,
cual si el soplo de Dios lo sostuviere.

Sollozan perla a perla cristalina
las flautas en ambiguo miserere....
Las arpas lloran y la guzla trina....
¡Sostened a la leve danzarina,
porque se va a morir.... porque se muere!

LA RESPUESTA

Muda a mis ruegos, impasible y fría,
en el sofá de rojo terciopelo
un pálido jazmín hecho de hielo
tu enigmático rostro parecía.

La hostia solar, en roja eucaristía,
se ocultaba en el mar; y, al dulce cielo,
el divino Chopin su desconsuelo
en un sollozo trémulo decía.

Y cuando, por oír esa palabra
que eternos lutos o venturas labra,
te hablé de tu desdén y mi agonía,

con ademán de reina mancillada
me clavaste el puñal de tu mirada,
muda a mis ruegos, impasible y fría.

ANIVERSARIO

Hoy cumpliré veinte años. Amargura sin nombre
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre;
de razonar con lógica y proceder según
los Sanchos, profesores del sentido común.

Me son duros mis años y apenas si son veinte—
ahora se envejece tan prematuramente;
se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos
que repentinamente nos encontramos viejos
en frente de las sombras, de espaldas a la aurora
y solos con la esfinge siempre interrogadora.

¡Oh madrugadas rosas, olientes a campiña
y a flor virgen; entonces estaba el alma niña
y el canto de la boca fluía de repente
y el reír sin motivo era cosa corriente!

Iba a la escuela por el más largo camino
tras dejar soñoliento la sábana de lino
y la cama bien tibia, cuyo recuerdo halaga
sólo al pensarlo ahora; aquel San Luis Gonzaga
de pupilas azules y rubia cabellera
que velaba los sueños desde la cabecera.

Aunque íbamos despacio; al fin la callejuela
acababa y estábamos enfrente de la escuela
con el "Mantilla" bien oculto bajo el brazo
y haciendo en el umbral mucho más lento el paso,
y entonces era el ver la calle más bonita,
más de oro el sol, más fresca la alegre mañanita.

Y después, en el aula con qué mirada inquieta
se observaban las huellas rojas de la palmeta
sonriendo, no sin cierto medroso escalofrío,
de la calva del dómine y su ceño sombrío.

Pero, ¿quién atendía a las explicaciones?
Hay tanto que observar en los negros rincones
y, además, es mejor contemplar los gorriones
en los nidos, seguir el áureo derrotero
de un rayito de sol o el girar bullanguero
de un insecto vestido de seda rubia o una
mosca de vellos de oro y alas color de luna.

El sol es el amigo más bueno de la infancia;
nos miente tantas cosas bellas a la distancia,
tiene un brillar tan lindo de onza nueva! Reparte
tan bien su oro que nadie se queda sin su parte;
y por él no atendíamos a las explicaciones.

Ese brujo Aladino evocaba visiones
de las mil y una noches—de las mil maravillas—
y beodas de sueño nuestras almas sencillas
sin pensar, extendían sus manos suplicantes
como quien busca a tientas puñados de brillantes.

Oh, los líricos tiempos de la gorra y la blusa
y de la cabellera rebelde que rehusa

la armonía de aquellos peinados maternos,
cuando íbamos vestidos de ropa nueva a Misa
dominical, y pese a los serios rituales,
al ver al monaguillo soltábamos la risa.

Oh, los juegos con novias de traje a las rodillas,
los besos inocentes que se dan a hurtadillas
a la bebé amorosa de diez o doce años,
y los seducidos roces de los rizos castaños
y las rimas primeras y las cartas primeras
que motivan insomnios y producen ojeras.

Adolescencia mía! te llevas tantas cosas,
que dudo si ha de darme la juventud más rosas!
y siento como nunca la tristeza sin nombre,
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre!

Hoy no es la adolescente mirada y risa franca
sino el cansado gesto de precoz amargura,
y está el alma, que fuera una paloma blanca,
triste de tantos sueños y de tanta lectura...!

ROMANZA

Dime que todo ha sido mentira;
yo tengo miedo de mi soledad;
que mi corazón extraviado delira;
que es una pesadilla, ¿no es verdad?

Mejor es no pensarlo nunca; deja
que me suma en la cálida ebriedad
de tu alado vestido que se aleja
como un perfume entre la oscuridad.

Tu alma no siente ya lo que sentía,
lo has olvidado todo, ¿no es verdad?
me oyes y sigues silenciosa y fría:
ven, miente, dí que me amas todavía,
yo tengo miedo de mi soledad.

AMOR, DÍ

Amor, dí ¿qué senderos se gozan con tu paso?
¿cuáles los reyes magos a que sirves de guía?
¿qué rubicunda aurora, qué sonrosado ocaso
vio tu carro de fuego en el triunfo del día....?

Ah! si tu alma luciera para mi noche oscura!
si mis rosas se abrieran temblorosas a vortel
se endulzaría el hondo cáliz de mi amargura
con el néctar con que haces tan amable la muerte!

MARINA

La mañana es alegre, rosada y deliciosa,
como una colegiala que goza en vacaciones;
se enguirnaldan las almas de nuevas ilusiones,
y el mar canta a los cielos un aria cadenciosa.

Súbita en las arenas tu figura gloriosa
yérguese ante un inmóvil coro de adoraciones,
y prorrumpen las ondas en alegres canciones,
acariciando en éxtasis tus contornos de rosa.

Toda tu carne joven vibra nerviosa y ágil
besada por la espuma como un pétalo frágil.
El piélago se esponja, salta, solloza, grita.

Ciñen velos nupciales el raso de tus hombros
y piensan los marinos entre mudos asombros
que va a surgir del fondo la gracia de Afrodita.

LO TARDIO

Madre: la vida triste y enferma que me has dado
no vale los dolores que ha costado;
no vale tu sufrir intenso, madre mía,
este brote de llanto y de melancolía!
¡Ayl! ¿Por qué no expiró el fruto de tu amor,
así como agonizan tantos frutos en flor?

¿Por qué, cuando soñaba mis sueños infantiles,
en la cuna, a la sombra de las gasas sutiles,
de un ángulo del cuarto no salió una serpiente
que, al ceñir sus anillos a mi cuello inocente,
con la flexible gracia de una mujer querida,
me hubiera libertado del horror de la vida....?

Más valiera no ser a este vivir de llanto,
a este amasar con lágrimas el pan de nuestro canto,
al lento laborar del dolor exquisito
del alma ebria de luz y enferma de Infinito!

LAMENTACION DEL MELANCOLICO

Dulce Jesús, comprendo: toda sabiduría
que de Ti nos aleja causa nuestra amargura,
y nuestras alas débiles sobre la tierra oscura,
se agitan vanamente hacia el eterno día.

Nuestra mentira, nuestra verdad: cuánta ironía
ante el amor que pasa y el dolor que perdura,
hasta venir la Reina cuya región sombría
empieza donde acaba todo lo que no dura!

Yo también como Tú, por piedades divinas
tengo mi cruz y tengo mi corona de espinas,
y una sed infinita que mitigar no puedo.

Y como Tú, sollozo, Jesús Crucificado:
Padre mío ¿por qué me habéis abandonado?
Sufro tanto.... estoy solo, Señor.... y tengo miedo....

EN EL UMBRAL DE LA NOCHE

Infinito deseo de alas,
continuas nostalgias de vuelo,
corazón raído que te exhalas
como grano de mirra al cielo.

Besos, rosas, mujer y lira:
yace la vanidad de todo;
sé de la sierpe que conspira
contra la estrella desde el lodo.

De la penumbra en que su flecha
aguza deidad vengativa;
del ojo del caos que acecha
nuestra miseria fugitiva.

Oh, la ternura permanente
de caminar, ciego, en la sombra
y el temor de ver de repente
la faz de la que no se nombra !

Aquella angustia deliciosa
de esperar —sin hora ni día—
a la Emperatriz silenciosa
que viene en la barca sombría.

Pues la fatal Guadañadora
tan recatada y dulce llega,
que no se ve la Segadora
sino la siega.... !

AMANECER CORDIAL

Ah! no abras la ventana todavía;
es tan vulgar el sol! La luz incierta
conviene tanto a mi melancolía!
Me fastidia el rumor con que despierta
la gran ciudad. —Es tan vulgar el día !

¿Y para qué la luz? En la discreta
penumbra de la alcoba hay otro día
dormido en tus pupilas de violeta!
Un beso más para mi boca inquieta
y no abras la ventana todavía !

JORGE CARRERA ANDRADE

EL OBJETO Y SU SOMBRA

Arquitectura fiel del mundo,
realidad, más cabal que el sueño.
La abstracción muere en un segundo:
sólo basta un fruncir del ceño.

Las cosas. O sea la vida.
Todo el universo es presencia.
La sombra al objeto prendida
¿modifica acaso su esencia?

Limpiad el mundo—ésta es la clave—
de fantasmas del pensamiento.
Que el ojo apareje su nave
para un nuevo descubrimiento.

LOS AMIGOS DEL PASEO

Los sauces son buenos amigos
en el paseo solitario;
tiemblan, recuerdan y son tristes
como almas ante los fracasos.

Pensativos tocan el agua
apenas como sombras verdes,
y el corazón va como un pájaro
hacia su tenuidad doliente.

Tienen rumor de pies de seda
sobre el agua atenta a su sueño.
La sombra de Bion los inclina
y oyen su flauta en el recuerdo.

Dan al mal viento un olor triste
y a la vida un sabor bucólico,
y en su silencio verde ocultan
las viejas sombras del coloquio.

Y así los sauces me convencen
en el solitario paseo
de que hay un placer dulce y fino
en dar el corazón al viento.

CONCHA MARINA

Entre la arena, es la concha
lápida recordativa
de una difunta gaviota.

BIOGRAFIA PARA USO DE LOS PAJAROS

Nací en el siglo de la defunción de la rosa
cuando el motor ya había ahuyentado a los ángeles.
Quito veía andar la última diligencia
y a su paso corrían en buen orden los árboles,
las cercas y las casas de las nuevas parroquias,
en el umbral del campo
donde las lentas vacas rumiaban el silencio
y el viento espoleaba sus ligeros caballos.

Mi madre, revestida de poniente,
guardó su juventud en una honda guitarra
y sólo algunas tardes la mostraba a sus hijos
envuelta entre la música, la luz y las palabras.
Yo amaba la hidrografía de la lluvia,
las amarillas pulgas del manzano
y los sapos que hacían sonar dos o tres veces
su gordo cascabel de palo.

Sin cesar maniobraba la gran vela del aire.
Era la cordillera un litoral del cielo.
La tempestad venía, y al batir del tambor
cargaban sus mojados regimientos;
mas, luego el sol con sus patrullas de oro
restauraba la paz agraria y trasparente.
Yo veía a los hombres abrazar la cebada,
sumergirse en el cielo unos jinetes
y bajar a la costa olorosa de mangos
los vagones cargados de mugidores bueyes.

El valle estaba allá con sus haciendas
donde prendía el alba su reguero de gallos
y al oeste la tierra donde ondeaba la caña
de azúcar su pacífico banderín, y el cacao
guardaba en un estuche su fortuna secreta,
y ceñían, la piña su coraza de olor,
la banana desnuda su túnica de seda.

Todo ha pasado ya, en sucesivo oleaje,
como las vanas cifras de la espuma.
Los años van sin prisa enredando sus líquenes
y el recuerdo es apenas un nenúfar
que asoma entre dos aguas
su rostro de ahogado.

La guitarra es tan sólo ataud de canciones
y se lamenta herido en la cabeza el gallo.
Han emigrado todos los ángeles terrestres,
hasta el ángel moreno del cacao.

MICROGRAMAS

LA ARAÑA

Araña del suelo:
charretera
caída del hombro del tiempo.

HABITANTE DE LA MESETA

Venado:
tu ojo es una Burbuja del silencio
y tus cuernos floridos son agujas
para ensartar luceros.

VIDA DEL GRILLO

Inválido desde siempre,
ambula por el campo
con sus muletas verdes.

Desde las cinco
el chorro de la estrella
llena el pequeño cántaro del grillo.

Trabajador, con las antenas hace
cada día su pesca
en los ríos del aire.

Por la noche, misántropo,
cuelga en su casa de hierba
la lucecita de su canto.

¡Hoja enrollada y viva,
la música del mundo
conserva dentro escrita!

LA EXTREMA IZQUIERDA

La compañera cigarra canta
con una astilla en la garganta.

Conspira entre la verdura
contra la humana dictadura.

Carrito dañado, tumbo a tumbo,
la cigarra marcha sin rumbo:

Predica y anda,
Es Secretaria de Propaganda.

Publica en una hoja de col:
La vida es dura y tuesta el sol.

Tienes razón, cigarra obrera,
de minar el Estado con tu canto profundo.
Los dos formamos, compañera,
la extrema izquierda de este mundo.

EL DESAYUNO DEL MUNDO

Las cuatro horas desnuditas
parten en cuatro tajadas
la mañana de sandía.

Un ojo azul se abre en la altura.
Aprenden los niños del mundo
el catecismo del azúcar.

Del teatro de terciopelo de la noche
salen las ventanas
con los ojos bañados en lágrimas.

Los relojes no cesan de cantar
su canto de posilla
dentro de un hueco de la eternidad.

Van haciéndose agua
en el cielo de sandía
las estrellas azucaradas.

Toma el mundo recién lavado
sus cucharadas de luz
con rebanadas de campo.

EDICION DE LA TARDE

La tarde lanza su primera edición de golondrinas
 anunciando la nueva política del tiempo,
 la escasez de las espigas de la luz,
 los navíos que salen a flote en el astillero del cielo,
 el almacén de sombras del poniente,
 los motines y desórdenes del viento,
 el cambio de domicilio de los pájaros,
 la hora de apertura de los luceros.

La súbita defunción de las cosas
 en la marea de la noche ahogadas,
 los débiles gritos de auxilio de los astros
 desde su prisión de infinito y de distancia,
 la marcha incesante de los ejércitos del sueño
 contra la insurrección de los fantasmas
 y, al filo de las bayonetas de la luz, el orden nuevo
 implantado en el mundo por el alba.

SOLEDAD Y GAVIOTA

Cuaderno albo del mar,
 la gaviota o mensaje
 se despliega al volar
 en dos hojas de viaje.

Su marítima hermana
 la soledad, la mira
 y, en una espera vana,
 en la costa suspira.

Insectos, vegetales,
 se enredan en el suelo:
 torcidas iniciales
 de un subterráneo anhelo.

Aquí, en el centro, vivo
 con las aves marinas,
 de mí mismo cautivo,
 compañero de ruinas,

y mirando y oyendo
 sólo la lluvia armada
 la soledad batiendo
 con su líquida espada.

ABRIL, AGUAS MIL

Tiempo en que el corazón quiere saltar descalzo
 y en que al árbol le salen senos como a una niña.
 Nos asalta el deseo de escribir nuestras cosas
 con pluma de golondrina.

Estos charcos apenas son copas de agua clara
 que arruga un aletazo o un canuto de hierba
 y es el aire de vidrio una marea azul
 donde el lento barquito del insecto navega.

Chapotean a gusto las sandalias del agua.
 Los mosquitos parece que ciernen el silencio
 y los gorriones cogen en el pico la perla
 del buen tiempo.

VIDA PERFECTA

¡Conejo: hermano tímido, mi maestro y filósofo!
 Tu vida me ha enseñado la lección del silencio.
 Como en la soledad hallas tu mina de oro
 no te importa la eterna marcha del universo.

Pequeño buscador de la sabiduría,
 hojeas como un libro la col humilde y buena,
 y observas las maniobras que hacen las golondrinas,
 como San Simeón, desde tu oscura cueva.

Pídele a tu buen Dios una huerta en el cielo,
 una huerta con coles de cristal en la gloria,
 un salto de agua dulce para tu hocico tierno
 y sobre tu cabeza un vuelo de palomas.

Tú vives en olor de santidad perfecta.
 Te tocará el cordón del padre San Francisco
 el día de tu muerte. ¡Con tus largas orejas
 jugarán en el cielo las almas de los niños!

CANCION DE LA MANZANA

Cielo de tarde en miniatura:
 amarillo, verde, encarnado,
 con luceros de azúcar
 y nubecillas de raso,

manzana de seno duro
 con nieves lentas para el tacto,
 ríos dulces para el gusto,
 cielos finos para el olfato.

Signo del conocimiento.
 Portadora de un mensaje alto:
 La ley de la gravitación
 o la del sexo enamorado.

Un recuerdo del paraíso
 es la manzana en nuestras manos.
 Cielo minúsculo: en su torno
 un ángel de olor está volando.

EL VIAJE INFINITO

Todos los seres viajan
 de distinta manera hacia su Dios:
 La raíz baja a pié por peldaños de agua.
 Las hojas con suspiros aparejan la nube.
 Los pájaros se sirven de sus alas
 para alcanzar la zona de las eternas luces.

El lento mineral con invisibles pasos
 recorre las etapas de un círculo infinito
 que en el polvo comienza y termina en el astro
 y al polvo otra vez vuelve
 recordando al pasar, más bien soñando
 sus vidas sucesivas y sus muertes.

El pez habla a su Dios en la burbuja
 que es un trino en el agua,
 grito de ángel caído, privado de sus plumas.
 El hombre sólo tiene la palabra
 para buscar la luz
 o viajar al país sin ecos de la nada.

RÉGIMEN DE FRUTAS

La naranja es el día o la mejilla fresca,
sorbo de claridad, copa del clima;
la pera ahonda sus heridas de agua
con memoria de tãmpano y agujas de delicia
y los melocotones
acumulan su rubio material de alegría.

La manzana sobrina, fragante del corozo,
a morir se resiste en vano entre los dientes.
Sus congeladas lágrimas
muestran las uvas de mitada verde.
Cascabeles de azúcar,
repican sin rumor los mirabeles.

Todo el sol en redomas encerrado,
todo el aire en volúmenes vertido,
toda el agua y la tierra en vegetales moldes,
penetran en mi interno laberinto
y un mundo elemental se disuelve en mi sangre
que acarrea despojos de cielo como un río.

Y apresura su viaje a bocanadas
por sus ínfimas redes
entre una geografía palpitante
de músculos y nervios, sin nunca detenerse,
cambiando en luz orgánica y en azúcar de gozo
los gestos de las cosas y el esplendor terrestre.

BIOGRAFIA

La ventana nació de un deseo de cielo
y en la muralla negra se posó como un ángel.
Es amiga del hombre
y portera del aire.

Conversa con los charcos de la tierra,
con los espejos niños de las habitaciones
y con los tejados en huelga.

Desde su altura, las ventanas
orientan a las multitudes
con sus arengas diáfanas.

La ventana maestra
difunde sus luces en la noche.
Extrae la raíz cuadrada de un meteorito,
suma columnas de constelaciones.

La ventana es la borda del barco de la tierra:
la ciñe mansamente un oleaje de nubes.
El capitán Espíritu busca la isla de Dios
y los ojos se lavan en tormentas azules.

La ventana reparte entre todos los hombres
una cuarta de luz y un cubo de aire.
Ella es, arada de nubes,
la pequeña propiedad del cielo.

PROMESA DEL RÍO GUAYAS

Interminable, estás al mar saliendo,
Río Guayas, cargado de horizontes
y de naves sin prisa descendiendo
tus jibas de cristal, líquidos montes.

Hasta el tiempo en tu curso se disuelve
y corre con tus aguas confundido.
El día tropical que nunca vuelve
sobre tus lomos rueda hacia el olvido.

Los años que se extinguen gradualmente,
las migraciones lentas, las edades
has mirado pasar indiferente,
¡oh pastor de riberas y ciudades!

La nave del comercio o de la guerra,
la de la expedición o la aventura
has llevado mil veces hasta tierra
o has hundido en tu móvil sepultura.

Sólo turba el sosiego de tu vida
algún grito de tí petrificado
o tus sueños: la planta sumergida
y el pez ligero y a la vez pesado.

Mirando sin cesar tus propiedades
cuentas bueyes, haciendas, grutas verdes.
Paseante de tus hondas soledades,
entre los juncos húmedos te pierdes.

¡Oh río agricultor que el lodo amasas
para hacerlo fecundo en tu ribera
que los árboles pueblan y las casas
montadas en sus zancos de maderal

¡Oh corazón fluvial, que tu latido
das a todas las cosas igualmente:
a la caña de azúcar y al dormido
lagarto, de otra edad sobreviviente!

En tu orilla, de noche, deja huellas
la sombra del difunto bucanero,
y una canoa azul pescando estrellas
boga de contrabando en el estero.

¡Memoria, oh río o soledad fluyente!
Pasas, mas permaneces siempre, urgido,
igual y sin embargo diferente
y corres de tí mismo perseguido.

A tus perros de espuma y agua arrojo
mi falsa y forastera vestidura
y a tu promesa líquida me acojo,
y creo en tu palabra de frescura.

¡Oh río, capitán de grandes ríos!
Es igual tu fluír ancho, íncesante,
al de mi sangre llena de navíos
que vienen y se van a cada instante.

NADA NOS PERTENECE

Cada día el mismo árbol rodeado
de su verde familia rumorosa.
Cada día el latir de un tiempo niño
que el péndulo mece en la sombra.

El río da sin prisa su naipe transparente.
El silencio camina a un inminente ruido.
Con sus deditos tiernos
la semilla desgarrá sus pañales de limo.

Nadie sabe por qué existen los pájaros
ni tu tonel de vino, luna llena,
ni la amapola que se quema viva,
ni la mujer del arpa, dichosa prisionera.

Y hay que vestirse de agua, de dóciles tejidos,
de cosas invisibles y cordiales
y afeitarse con leves despojos de palomas,
de arcoiris y de ángeles.

Y lavar el escaso oro del día
contando sus pepitas cuando el poniente herido
quema todas sus naves y se acerca la noche
capitaneando sus oscuras tribus.

Entonces hablas, Cielo:
Tu alta ciudad nocturna se ilumina.
Tu muchedumbre con antorchas pasa
y en silencio nos mira.

Todas las formas vanas y terrestres:
El joven que cultiva una estatua en su lecho,
la mujer con sus dos corazones de pájaro,
la muerte clandestina disfrazada de insecto.

Cubres toda la tierra, hombre muerto, caído
como una rota jaula
o cascarón quebrado
o vivienda de cal de una monstruosa araña.

Los muertos son los monjes de la Orden
de los anacoretas subterráneos.
¿La muerte es la pobreza suma
o el reino original reconquistado?

Hombre nutrido de años y cuerpos de mujeres:
cuando Dios te espolea te arrodillas
y sólo la memoria de las cosas
pone un calor ya inútil en tus manos vacías.

COLIBRI

El colibrí,
aguja tornasol,
pespuntes de luz rosa
dá en el tallo temblón
con la hebra de azúcar
que saca de la flor.

JUAN SIN CIELO

Juan me llamo, Juan todos, habitante
de la tierra, más bien su prisionero,
sombra vestida, polvo caminante,
el igual a los otros, Juan Cordero.

Sólo mi mano para cada cosa
—mover la rueda, hallar hondos metales—
mi servidora para asir la rosa
y hacer girar las llaves terrenales.

Mi propiedad labrada en pleno cielo
—un gran lote de nubes era mío—
me pagaba en azul, en paz, en vuelo
y ese cielo en añicos: el rocío.

Mi hacienda era el espacio sin linderos
— oh territorio azul siempre sembrado
de maizales cargados de luceros—
y el rebaño de nubes, mi ganado.

Labradores los pájaros; el día
mi granero de par en par abierto
con mieses y naranjas de alegría,
maduraba el poniente como un huerto.

Mercaderes de espejos, cazadores
de ángeles llegaron con su espada
y, a cambio de mi hacienda— mar de flores—
me dieron abalorios, humo, nada....

Los verdugos de cisnes, monederos
falsos de las palabras, enlutados,
saquearon mis trojes de luceros,
escombros hoy de luna congelados.

Perdí mi granja azul, perdí la altura
—reses de nubes, luz recién sembrada—
¡toda una celestial agricultura
en el vacío espacio sepultada!

Del oro del poniente perdí el plano
—Juan es mi Nombre, Juan Desposeído—
En lugar del rocío hallé el gusano
¡un tesoro de siglos he perdido!

Es sólo un peso azul lo que ha quedado
sobre mis hombros, cúpula de hielo....
Soy Juan y nada más, el desolado
herido universal, soy Juan sin Cielo.

MICROGRAMAS

OSTION

Ostión de dos tapas:
tu cofre de calcio
guarda el manuscrito
de algún buque naufrago.

LO QUE ES EL CARACOL

Caracol:
mínima cinta métrica
conque mide el campo Dios.

CUADERNO DEL PARACAIDISTA

Sólo encontré dos pájaros y el viento,
las nubes con sus mapas enrollados
y unas flores de humo que se abrían buscándome
durante el vertical viaje celeste.

Porque vengo del cielo
como en las profecías y en los himnos,
emisario de lo alto, con mi uniforme de hojas,
mi provisión de vidas y de muertes.

Del cielo voy bajando como el día.
Humedezco los párpados
de aquellos que me esperan: he seguido
la ruta de la luz y de la lluvia.

Buen arbusto, protéjeme.
Dile, tierra, a tu surco mojado que me acoja
y a ese tronco caído
que me enseñe el calor, la forma inerte.

¡Aquí estoy, campesinos europeos!
Vengo en nombre del pan, de las madres del mundo
de toda la blancura degollada:
la garza, la azucena, el cordero, la nieve.

Fortalecen mi brazo ciudades en escombros,
familias mutiladas, dispersas por la tierra,
niños y campos rubios viviendo, desde hace años,
siglos de noche y sangre.

Campesinos del mundo: he bajado del cielo
como una blanca umbela o medusa del aire.
Traigo ocultos relámpagos o provisión de muertes,
pero traigo también las cosechas futuras.

Traigo la mies tranquila sin soldados,
las ventanas con luz otra vez, persiguiendo
la noche para siempre derrotada.
Yo soy el nuevo ángel de este siglo.

Ciudadano del aire y de las nubes,
poseo sin embargo una sangre terrestre
que conoce el camino que entre a cada morada,
el camino que fluye debajo de los carros,

las aguas que pretenden ser las mismas
que ya pasaron antes,
la tierra de animales y legumbres con lágrimas
donde voy a encender el día con mis manos.

MICROGRAMAS

GUACAMAYO

El trópico le remienda
con candelas y oro su manto
hecho de todas las banderas.

NUEZ

Nuez: sabiduría comprimida,
diminuta tortuga vegetal,
cerebro de duende
paralizado por la eternidad

CESAR DAVILA ANDRADE

ESPACIO, ME HAS VENCIDO

Espacio, me has vencido. Ya sufro tu distancia.
Tu cercanía pesa sobre mi corazón.
Me abres el vago cofre de los astros perdidos
y hallo en ellos el nombre de todo lo que amé.
Espacio, me has vencido. Tus torrentes oscuros
brillan al ser abiertos por la profundidad,
y mientras se desfloran tus capas ilusorias
conozco que estás hecho de futuro sin fin.
Amo tu infinita soledad simultánea,
tu presencia invisible que huye su propio límite,
tu memoria en esferas de gaseosa constancia,
tu vacío colmado por la ausencia de Dios.

Ahora voy hacia tí, sin mi cadáver.
Llevo mi origen de profunda altura
bajo el que, extraño, padeció mi cuerpo.
Dejo en el fondo de los bellós días
mis sienes con sus rosas de delirio,
mi lengua de escorpiones sumergidos,
mis ojos hechos para ver la nada.
Dejo la puerta en que vivió mi ausencia,
mi voz perdida en un abril de estrellas
y una hoja de amor, sobre mi mesa.

Espacio, me has vencido. Muero en tu eterna vida.
En tí mató mi alma para vivir en todos.
Olvidaré la prisa en tu veloz firmeza
y el olvido, en tu abismo que unifica las cosas.

Adiós claras estatuas de blancos ojos tristes.
Navíos en que el cielo, su alto azul infinito
volcaba dulcemente como sobre azucenas.
Adiós canción antigua en la aldea de junio,
tardes en las que todos, con los ojos cerrados
viajaban silenciosos hacia un país de incienso.
Adios, Luis von Beethoven, pecho despedazado
por las anclas de fuego de la música eterna.
Muchachas, las mi amigas. Muchachas extranjeras.
Dulces niñas de Francia. Tiernas mujeres de ámbar.
Os dejo. La distancia me entreabre sus cristales.
Desde el fondo de mi alma me llama una carreta
que baja hasta la sombra de mi memoria en calma.
Allí quedará ella con sus frutos extraños
para que un niño ciego pueda encontrar mis pasos....

Espacio, me has vencido. Muero en tu inmensa vida.
En tí muere mi canto, para que en todos cante.
Espacio, me has vencido....

CARTA DE LA TERNURA DISTANTE

Estoy solo. La niñez vuelve a veces
 con sus blancos cuadernos de ternura.
 Oigo entonces el ruido del molino
 y siento el peso de los días caer desde la torre de la iglesia
 con un sonido de aves de ceniza.
 Pienso que harás ahora frente al camino blanco
 por el que cierto día pasó mi soledad.
 ¿En dónde estás? ¿Qué haces?
 ¿Bajas aún al pueblo los domingos?
 ¿Y a la feria de rosas de castilla?

Recuerdo: tenían tus pupilas color de té y de arenilla
 y bullían en el fondo de tus ojos
 esos mínimos puntos luminosos
 con que escriben los músicos
 las más azules y hondas melodías.

Cómo recuerdo tu cabello, hecho con las panojas del estío
 y con la leve arborecencia fina
 de la miel del topacio,
 y de la crencha ardiente de la espiga.

Tenías creo ya sobre los senos
 dorados terroncitos
 y algo como el azul de la azucena....
 Tenías creo ya sobre las sienes
 la sagrada blancura de la nieve
 y una hebra distante y tan delgada que moría en el cielo.

¿Tienes aún ese hoyo de nardo en la sonrisa?
 ¿Y ese nudo de rosas que te rodeaba los tobillos?

¿Por qué tu andar me ha parecido siempre
 el temblor de un jilguero entre los mimbres?
 ¿Recuerdas esos barcos de papel cargados de semillas
 que, a veces, pusimos en el río?

Llevaban como en éxtasis nuestras más dulces lilas.
 Todas han muerto en soledad y en frío.

¿Y el pan que abrimos juntos con los dientes?
 Salió de él como un ángel su perfume.
 Aquí hay pan abundante, pero no tiene aroma
 y la ternura esconde como un niño las manos.
 Qué extraño es todo lo que me rodea!
 Volveré algún día.
 El maestro de capilla de la aldea
 tocará para los dos aquella música
 que tiende sobre un río siete puentes de rosas.

Y por ahora basta. Volveré algún día.
 Afuera son las nueve de la noche.
 Se esconden poco a poco mis palabras....

ELOGIO DE LA GRACIA ILUMINADA

Cuando vagamos en las hondas criptas,
 en la imprecisa antípoda del sueño;
 con purpúreo sonido de espejos encendidos
 aparece ella en la impaciente libertad de la pupila.

Viene de un mundo de blancas columnatas
 y paralelogramos de alabastro
 labrados con los bloques de la luna.
 Se yergue en el fino aire celeste
 que mece las semillas,
 y llega en una clara fluencia de libélula;
 en una suave brisa de ruedas vegetales,
 flotando en la descalza porcelana del pie.

Juventud inasible de la brisa,
 ápice iluminado,
 incorpórea espiga cristalina;
 mínima estrella sobre una vara de agua.
 Tallo de luna y vidrio florecido,
 leve espuma de lirio,
 yema de nácar sensitivo,
 llama turgente de flores encendidas!

Líquida luz de música en movimiento,
 ala huidiza, en evasión perenne.
 Perfil de nube que bajo el sol asciende;
 ánfora iluminada por incoloro fuego;
 matinal epidermis del acuario....

En la voluble orla de su falda
 reviven los diagramas del zodiaco;
 y se encienden los ágiles fosfatos
 que aprisiona la tierra.
 Deja en su breve huella un vago impulso
 de alondras refrenadas en el vuelo,
 y el tenue tornasol que el pez agita
 al morir en la arena.

Hombros de leve nube, perfumados;
 piel de calor arcangélica.
 Diadema de panojas del verano
 en sus cabellos de ligero incienso
 que son como el temblor reminiscente
 de los más puros vinos castellanos,
 en el nudo de miel de su peinado.
 Diadema y danza de la luz dorada
 sobre el cristal ileso de sus sienas....

Tiene la grácil inquietud de las gramíneas
 heridas por el viento de Septiembre
 sobre el bisel de las llanuras.
 Sus dedos tintinean en un viento de plata;
 y, una nupcial canción de oro tenue
 se alza en sus manos de certeras flechas.
 La translúcida sal de su sonrisa
 inaugura en celdillas;

la claridad de los diamantes
y el ámbar de las mandarinas....

El brocado de mieses del estío
le dará una brizma de oro cristalino;
el pedernal oscuro: un grano sensitivo;
el plenilunio: una ánfora de vidrio
y el tímpano del aire, su apasionado trino!

CARTA A UNA COLEGIALA

Para leer esta carta
baja hasta nuestro río.
Escucharás, de pronto, una cosecha de aire
pasar sollozando en la corriente.
Escucharás la desnudez unánime
del agua y el sonido.
Y el rumor del minuto más antiguo
formado con el átomo de un día.
Mas, de repente, escucharás, oh bella música femenina,
la catarata inmóvil del silencio.

Entonces, te hablaré desde las letras:
Era enero. Salimos del colegio.

Veo tu blusa de naranja ilesa.
Tus principiantes senos de azucena,
y siento que me duele la memoria.

Bella aprendiz de cartas y de melancolía,
con los ojos cerrados y las bocas unidas,
tomamos esa tarde una lección de idiomas
sobre el musgo que hablaba de la cartografía.

¿Cómo has pasado estas vacaciones?
¿Sentes alguna vez entre los labios
ese azúcar azul de la distancia?

Mañana son dos años, siete meses.
Te conocí con toda mi alma ausente;
sufría entonces, por la primavera,
un bellissimo mal que ya no tengo.

Recuerdo: producías con los labios
un delgado chasquido de violeta.
Pienso en la estatua de aire de tu olvido
mirándome de todas las esquinas,
mi colegiala mía, música femenina.

Tú, en el divino campo. Yo, en la ciudad terrestre.
La calle pasa con su algarabía.
Un fraile. Unas mujeres de la vida....
Un niño con un cesto de hortalizas....
Un carro lento dividido en siglos....

Mañana entramos ya en el mes de junio.
Flotarán en su cielo de anchos aires
objetos de uso azul como las aguas;
y una lejana inquietud de rosas
habrá en el horizonte de la tarde.
En este claro mes de agua plateada
te conocí. Entonces yo sufría
una enfermedad de primavera,
un bellissimo mal que ya no tengo....

CANCION A TERESITA

(Apasionadamente)

Pálida Teresita del Infante Jesús,
quién pudiera encontrarte en el trunco paisaje de las estalactitas,
o en esa nube que baja, de tarde, a los dinteles,
entre manzanas blancas, en una esfera azul.

Caperucita parda,
quién pudiera mirarte las palmas de las manos,
la raíz de la voz.

Y hallar sobre tus sienes mínimos crucifijos,
bajando en la corriente de alguna vena azul.

Colegiala descalza,
aceite del silencio,
violeta de la luz.

Cómo siento en la noche tu frente de muchacha,
encristalada en luna bajar hasta mi sien.

Cómo escucho el silencio de tu paseo en niebla,
bajando la escalera de notas del laúd.

Cuando amanece enero, con su frío de nácar,
sé que tu pecho quema su materia estelar;
y que la doble nube de tus desnudos hombros
se ampara en la esquina delgada de la cruz.

Cómo escucho en la noche de caídos termómetros,
volar, rotas las alas, el ave de tu tos;
y llorar en la isla de una desierta estrella
a jóvenes arcángeles enfermos como tú.

Teresita:

esa hierba menuda que viene de puntillas
desde el cielo a las torres;
ese borde de guzla que nace en los tejados;
esa noción de beso que comienza en los párpados;
la trémula angostura del abrazo en los senos:
todo lo que aún no irisa la sal de los sentidos
y es sólo aurora de agua y antecede a la gota,
y tiene únicamente matriz en lo invisible;
lo mínimo del límite, lo que aún no hace línea,
eres tú, Teresita, castidad del espectro.
La comunión primera de la carne y el cielo.

Cuando el olivo orea su balanza de nidos,
cuando el agua humedece la niñez del oxígeno,
cuando la tiza entreabre en las manos del joven
la blancura de un lirio que expiró en la botánica,
allí estás tú, Teresita, víspera del rocío,
en la hornacina pura de un nevado corpiño,
con tu fantasma tenue, concebido en la línea
ligera y sensitiva en que nacen las sílfides.

Suave, sombra, celeste,
soledad silenciosa.

¿Quién te entreabrió ese hoyo de dalia en la sonrisa?
¿Quién te vistió de clara canela carmelita
como a una mariposa?
¿Quién colocó en tus plantas

los descalzos patines de celuloide y ámbar?
 ¿Quién te ungió las manos de divina tardanza
 para que no pudieras
 jamás herir las cosas?

Tenue, tímida, tibia,
 translúcida, turgente.

Por tu amor, la madera se vuelve una sortija
 y la niebla, sonata al pasar por los álamos.

Por tu amor, en el éter se conservan los trinos,
 las plegarias se tornan cascabeles azules
 y la espiga, una trenza del color de los cálices.

Delgada, dulce, débil,
 divina, delicada.

Tu doncellez intacta crea nardos ilesos
 sobre ese fino valle del aire en los cristales,
 cuando sólo es un trémulo sonido que no alcanza
 a esbozar en el tímpano el espectro del canto.

Novia que viajas sola
 en un velero de hostias.
 Enamorada pura en la edad de la garza.

Niña, nupcial, nerviosa,
 nívea, naciente, núbil.

Cómo veo tus manos pasar por los bordados
 y abrir una acuarela de anclas y corazones;
 tus ojos que conocen esos duendes de cera
 que andan con las abejas al pie de los altares.

Cómo siento tus trenzas ocultas en una gruta,
 donde se agrupa el oro bajo un toldo de lino

Ideal, ilusa, íntima,
 irreal, iluminada.

¿Quién podrá olvidar tu nombre, Teresita?
 ¿Tu nombre que comienza en una noche de estrellas
 y ha cambiado el sentido de la lluvia y las rosas?

Lo pronuncian los niños al llamar a las aves,
 o al decir que las cosas les nacen en los ojos.

Las bellas colegialas que recogen en coro
 una llovizna azul en el hoyo de las faldas.

Las novicias que cantan entre muros de nieve
 y crucifijos pálidos.

Los monjes que hicieron de su sangre una nube
 para guardar los campos con escuadrillas de ángeles.

Por tu finura de ángel con alas de violeta
 y tu ternura inmensa que, a veces, se hace pena,
 un Amor Infinito escribió en el cielo
 la inicial de tu nombre con un grupo de estrellas.

CANCION PARA UNA MUCHACHA DE OJOS VERDES

Mujer de ojos verdes, como el recuerdo dulce de la vida campestre.
Arbolillos de leche tiemblan en tu retina
Junto a islas de verde sustancia evaporada.

El más pálido aire, reverdece a tu paso;
Como un libro de alfombras y nardos deshojados;
Como un ángel desnudo en un claro del bosque;
Como el color muriente que atraviesan los nómades....

Tú, en las manos que imploran, al caer, con los náufragos;
En las alas que arrastran los sauces caminantes;
En el sulfato ileso del océano amargo;
En la albúmina tierna que roen las cigarras;
En el ramo erizado que abrazan las novicias
Muriendo como lirios, en soledad de sexo....

Tú en el agua viajera, redonda como el mundo,
En el éxtasis breve de la hierba naciente:

Suavidad en la escala más tierna del Domingo.
Ligera como un ala de menta en las falanges.
Ligera como el hoyo de un nido en los manzanos.

Vaporosa nodriza de una cuna de tréboles,
Ala de margarita que retoña las hadas....

Tu mirada es la infancia del color de la tierra.
El camino de azúcar que abre la primavera.
Con una cuadrilla exacta de golondrinas ágiles
En la clara materia que alimenta los campos....

VARIACIONES DEL ANHELO INFINITO

Si alguna azul mañana de febrero,
tras una larga noche de tormenta,
encontraran tus manos
el cadáver de un ángel en el campo....

Si alguna vez, hacia la media noche,
con tu sagrado sexo en las tinieblas,
te me acercaras tanto,
que pudiera oír cómo cae de tus labios
una dulce minúscula sin letra....

Si alguna vez, después de haber leído
una carta de amor, fueras descalza
hasta el río que amaste cuando niña
y escucharas el tránsito de mi alma....

Si alguna vez variarás sin motivo
la dirección delgada de tus trenzas
y te sintieras una joven nueva
con una diadema de gavillas y heno....

Si alguna vez tus manos se elevaran
tanto hacia el aire que no fueran materia
sino un deseo de sentir el alma
celestes y silenciosa de las cosas....

Si algún día tu voz (la que conozco),
atravesara sola esas praderas,

encontrara una fuente silenciosa
y le enseñara a pronunciar tu nombre,...

Y, si pasaran siglos, muchos siglos,
y nosotros no fuéramos los mismos
después de tanto sueño en otras vidas;
sí, entonces, te encontrara de repente
en una ciudad que todavía no existe
y lograra acercarme y estrecharte
con este amor que ahora no es posible,...

POEMA No. 1

Ahora sí Tú puedes ya mirarme.

Soy compañero de los ofendidos;
de las almas oscuras que transitan
la profunda llanura de la noche,
amando tristemente los abismos
y las jaurías cárdenas del vino.

Ahora sí, Tú puedes ya mirarme....

Padezco el peso puro de la tierra
sobre mi corazón buscador de ángeles,
sobre mi alma hechizada por el río
azul e inmóvil que atraviesa el cielo
con invisibles olas siderales
y con mil barcas de humo pensativo.

Una vez quise abrir tu paraíso
con una aguja débil de rocío.

Hoy amo el cielo humano de la arcilla
poblado e fantasmas que tiritan.

Amo la soledad, la sed, el frío,
la carne vestidora de incurables,
el pecado y su fina risa de ámbar.

Sí: ya puedes mirarme.

Enterré ya los mármoles que amaba.
Duermen en él los ángeles helados
en ocultos tropeles ateridos.

Ya sé odiar berilos y zafiros,
—parásitos brillantes de la roca—.

No deseo admirar tus vestiduras
salpicadas de signos y asteroides.

Amo la desnudez de los caminos.

Sí: ya puedes mirarme.

Por la llanura de la noche cruza
una pequeña luz que cabecea:
ella es mi pecho roto en el que tiembla
la fiebre inextinguible.

Ya puedes tú mirarla;
Tú que vives arriba
y que talvez no eres inmovible.

TU, LA FURIOSA Y MATERNAL AMADA !

Esta tierra muerde a sus hijos mientras los dioses consultan cartas estelares, cerraduras volcánicas, o agrupan nuevas águilas en el ramaje de los diluvios y las catedrales.

Esta tierra atrapa al niño y su rueda de alquiler perseguida por el constante "ya voy" del corazón, pero vomita la simiente que hubiera sido: "Gracias os damos...."

Esta tierra engulló al hortelano y al labriego cuando el maíz y el álamo alcanzaban la estatura estival, el friso de oro que golpean en coro los caballos en el sonoro pozo de las eras.

Yo estuve a la mesa, frente a la garrafa y el agua, de pronto, como falda viva agitóse a la altura de sus muslos.

Porque esta tierra nos siembra vivos y nos cosecha en débil grano expósito.

Ayer, el abuelo y el siglo contertulio fumaron juntos, rodeados de mazorcas y de espigas. Torre de papagayos y tambores edificaron para los molinos. La abeja construyó el paulatino tabique dulcemente difícil. Los meses recorrían ruedas puntuales, agujas de asiduo pestañar. Llenaban los dedales en que hoy escarba el hueso. Cumplían con la dichosa piel del lomo y el pulimento fraternal de la madera.

Pero esta tierra muerde como una loba ciega cuando la mano extiende su parpadeante búsqueda.

Ayer no más, decían: "Sembrado hemos. Ya vendrá Agosto. Los graneros tendrán hasta las cejas...." Oh mes violento, torrencial sepulcro del hombre, del ganado y del alcor!

La cruz que quiso asirse de los bordes penetró de costado y el sacristán del alba desayunó las luces subterráneas de los muertos. El campanario derramó los nidos y los anchos pulgares de los viejos albañiles. La casa azul quedóse sin esquina y la plaza, despedazada y sola, retornó a la pradera revuelta del guijarro y de los cuervos.

Porque esta tierra muerde al mendigo innumerable que la besa

y da vivienda nocturna al roedor
 y azul enmarañado a los murciélagos.
 Oh tú, furiosa y maternal amada,
 dónde está el alfarero? En qué cuneta
 yace el hortelano?
 Dónde está el fiel espía del cereal luminoso
 o el centinela oscuro de tu nieve?

Hoy nace el sembrador, patria impaciente,
 y tú, ya le cosechas para dentro!

CANCION A LA BELLA DISTANTE

Para Laura

No era mi poesía. Mis poemas no eran.
 Eras tú solamente, perfecta como un surco
 abierto por palomas.

Eras tú solamente como un hoyo de lirios
 o como una manzana que se abriera el corpiño.
 Eras tú, oh distante presencia del olvido!

Clara como la boca del cristal en el agua,
 tierna como las nubes que atraviesan el trigo
 por los lados de mayo.

Dulce como los ojos dorados de la abeja;
 nerviosa como el viaje primero de la alondra.

Eras tú y tenías delgadas de esperanza
 las manos que me huyeron.
 En tu sien, extraviadas, bullían las sortijas.
 En tus perfectos ojos abril amanecía.
 Estoy tan impregnado de tu voz siempreviva
 que hasta esta inmensa noche parece que sonrío
 y percibo el borde líquido de tu alma.

Andabas como andan en el árbol los astros.
 Rezabas en silencio como una margarita.

Oh quién te viera abriendo esos libros que amabas
 con el alma inclinada a la luz de las fábulas!
 Qué viñeta de rosas tenían tus mejillas
 cuando abrías los labios de amor de las palabras.
 Y qué resplandeciente ciudad de serafines
 descubrirías, de pronto, en el cielo de estío.
 Quiero besarte íntegra como luna en el agua.

Mañana en los delgados calendarios de ausencia
 te encontraré buscando una pedrezuela tierna
 para marcar una hora lejana que aún espero.

Recuerdo aquella tarde cuando quise besarte.
 Tenían los cristales un fondo de mimosas
 y la antigua ventana mecía los jardines.
 Las llamas de los árboles se tornaban oscuras
 y un ángel de eucalipto se apoyaba en el muro.

Escuchamos de pronto la carreta profunda
 que atraviesa los prados con su carga de junio.
 Pienso en aquella tarde y me encuentro más solo!

Las casas recogían la luz del occidente,
 los caminos bajaban como arroyos en llamas,
 la brisa estaba fija en el borde del álamo.
 Pienso en aquella tarde y no sé por qué lloro....

CANCION A LA CADENA DEL BLANCO AMOR

Ayer te volví a ver, barrio de mis once años
y encontré la mitad de mi nostalgia
apoyada en una clara cruz de malva,
custodiando una sal de blanca usanza,
sobre el delgado muro de tu casa.

Miré tu monasterio en la colina,
con tres siglos de paz en los aleros
y con palomas que abren en el cielo
su corazón de musical garbanzo.

Oí cantar los gallos, como entonces,
con sus sombreros de oro y hojas frescas;
miré la casa en que moría siempre
por hambre, por olvido y por decoro,
un caballero macilento y solo.

Y ví un copo de lana que nevaba
en la biografía de la abuela.
El ángel de la rueca tenía sueño
y en sus alas de pana, la tristeza
había doblado en dos la antigua rueda.

Cómo te recordé, dulce Lucía muerta,
con tu cesto de pan fuera de tiempo,
llorando de vacío en la vereda....

Desde entonces estás blanca de enero,
perdida en la salud azul del cielo
y para ya no despertarte.... sueño.

LA CASA ABANDONADA

(Entré al atardecer, con sol perdido).

El patio lloraba una estatua vacía.
Profundos caballos de polvo viajaban
hacia los lugares más vagos del moho.

Un hoyo remoto pasaba a la nada.

El vacío entraba con sus muchedumbres
y con sus inmensas campanas ya mudas.

Oí un paso dado en otra centuria
y ví en una cisterna el muñón de mi alma.

Un viento blanquísimo dormía doblado
en un seco lienzo de aves olvidadas.

Un reloj yacía en ácidos profundos
y el peso de un pájaro recorría el muro.

Una niña muerta soñaba en un cuento
dicho desde una alta ventana de niebla.

Hacia atrás viajaba un abecedario,
los días antiguos eran los primeros
por una pequeña compuerta de naipes....

(En un muro blanco, hallé esta leyenda:
"El 7 de marzo murió María Eugenia").

Arriba en la tarde flotaban obispos
con lámparas llenas de azufre y de trigo.
Arriba en la tarde,

Y no era yo mismo el que había vuelto.
Era un extranjero al que a veces lloro
y en el que ya he muerto....

DESPUES DE NOSOTROS

Mañana, después de nosotros,
volverá a la pradera, en dulce péndulo,
a recorrer la música, un delirante festival.

Las alcobas cerradas
pasarán cabeceando hacia los arrecifes
de una ancha rosa azul.

¿Quién mirará en silencio
cruzar por los cristales detenidos
las cosas que terminan con la lluvia?

¿Quién abrirá de noche la unánime
novela que se lee alma adentro,
para buscar el fuego de los días
en la ardorosa y blanca intimidad?

¿Y, quién verá en las roches de diciembre
salir, al través de las ventanas,
la música delgada de Franz Schubert
que, sollozando, cae en los jardines?

Ah, mañana, después de nosotros!

Cuando la primavera alce sus hojas,
qué luminosas potras de topacio
se empinarán de amor
sobre nuestros sepulcros apagados!

Sobre nosotros pasarán en junio
misas de punta azul y espuma blanca,
los gaseosos orfebres del crepúsculo
y el agua circular de las carretas
que marchan a cambiar largas hileras
de música con pensativas cosas.

Oh, si esta tierra inexorable
que hoy me cose los párpados, amada;
si esta tierra, al fin, se aclarara,
lloraría, temblando, sobre tus manos blancas
como cuando la fiebre me adelgazaba el alma....

Pero esta honda noche, se hace tarde!

Ah, y otra vez, errantes, los gitanos
volverán una tarde a nuestra aldea,
Sé que preguntarán por nuestras manos....
Les dirán que ya nadie puede leer en ellas,
que tenemos la línea de la vida
borrada por dos años de azucenas.

I N D I C E

TRES POETAS ECUATORIANOS, POR CRISTOBAL GARCES
 LARREA, (en el interior de la cubierta).
 POESIA Y VIDA EN ECUADOR, POR SIMON LATINO p. 182

MEDARDO ANGEL SILVA

Estampa romántica.....	183
Se va con algo mío la tarde que se aleja.....	183
Cansancio.....	183
Bolívar y el Tiempo.....	184
Estancias.....	185
Canción de tedio.....	187
Reminiscencia griega.....	188
Dansa d. Anitra.....	188
La respuesta.....	188
Aniversario.....	189
Romanza.....	190
Amor, dí qué senderos se gozan con tu paso.....	190
Marina.....	191
Lo tardío.....	191
Lamentación del melancólico.....	191
En el umbral de la noche.....	192
Amanecer cordial.....	192

JORGE CARRERA ANDRADE

El objeto y su sombra.....	193
Los amigos del paseo.....	193
Concha marina.....	193
Biografía para uso de los pájaros.....	194
Microgramas: La araña — Habitante de la meseta.....	194
Vida del grillo.....	195
La extrema izquierda.....	195
El desayuno del mundo.....	195
Edición de la tarde.....	196
Soledad y gaviota.....	196
Abril, aguas mil.....	196
Vida perfecta.....	197
Canción de la manzana.....	197
El viaje infinito.....	197
Régimen de frutas.....	198
Biografía.....	198
Promesa del Río Guayas.....	199
Nada nos pertenece.....	200
Colibrí.....	200
Juan sin Cielo.....	201
Microgramas: Ostión — Lo que es el caracol.....	201
Cuaderno del paracaidista.....	202
Microgramas: Guacamayo — Nuez.....	202

CESAR DAVILA ANDRADE

Espacio, me has vencido	203
Carta de la ternura distante.....	204
Elogio de la gracia iluminada	205
Carta a una colegiala.....	206
Canción a Teresita.....	207
Canción para una muchacha de ojos verdes.....	209
Variaciones del anhelo infinito.....	209
Poema No.1	210
Tú, la furiosa y maternal amada!	211
Canción a la bella distante	212
Canción a la cadena del blanco amor	213
La casa abandonada	213
Después de nosotros	214

TRES POETAS ECUATORIANOS

(Viene de la cubierta anterior)

poesía el verde paisaje ecuatorial. Se canta al río Guayas y al Chimborazo. La nota melancólica de la poesía de los «decapitados» es sustituida por un acento optimista, lleno de vida, a veces épico, con la tónica de himnos. Militan en este grupo, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Miguel Ángel León, Aurora Estrada, Manuel Agustín Aguirre y Hugo Mayo.

Carrera Andrade es la voz máxima de la poesía ecuatoriana contemporánea. Se le sitúa, con frecuencia, en el mismo plano que los grandes poetas de América: Neruda, Vallejo, Barba Jacob, Nicolás Guillén. Trotamundos empecinado, su poesía es un reflejo de su largo y constante peregrinaje sin olvidar nunca a la tierra natal. De allí la razón de algunos títulos de sus libros: «Lugar de Origen», por ejemplo; o «Ecuador del Corazón». En su última obra, «Aquí yace la espuma», plantea en su poema «Juan sin Cielo» la tremenda tragedia de nuestras generaciones frente a un mundo que se desquicia, frente a la agonía --talvez definitiva-- del hombre y sus valores esenciales.

Un crítico francés, Lucien Poyet, al referirse a la poesía de Carrera Andrade, ha dicho: «Un día diremos Carrera Andrade, como hoy decimos Claudel. Este hombre del Ecuador tiene genio, y mis manos tiemblan de admiración y fervor, cuando pagina por pagina, leo sus libros, pasando de deslumbramiento en deslumbramiento».



César Davila Andrade representa el movimiento poético más joven del Ecuador. En 1944, en un café de Quito, un conjunto de estudiantes, en su mayoría universitarios, fundaron un grupo cultural con el nombre de «Madrugada». Davila Andrade había llegado de Cuenca, su ciudad natal, con una fiebre intensa de poesía, una desorbitada e incorregible vida bohemia y una pureza espiritual casi arcangélica. De mayor edad que sus compañeros de «Madrugada», --Edgard Ramírez Estrada, Maruja Echeverría López, Rafael Díaz Isaza, Miguel A. Egas, Alejandro Velasco, Galo René Pérez, Eduardo Ledesma, Carlos E. Carrión, Jacinto Cordero, Cristóbal Garcés Larrea y otros,-- Davila Andrade es estrictamente un epigono de la generación de «Elan» y «Hontanar» aparecida alrededor de 1933. Davila formó fila con ellos, pero partió luego a su provincia a sumirse en un largo parentésis de silencio, del que salió, con grandes bríos, en 1944 al fundarse «Madrugada». Desde entonces, hemos tenido a Davila como nuestro máximo poeta joven.

Davila Andrade trajo a la poesía ecuatoriana un virginal temblor nunca antes presenciado. Mucha melancolía en el fondo, y una azul y pristina ternura. Sus temas favoritos, en un primer momento, fueron el de los seres inanimados: el espejo, el árbol derribado, el viaje al fondo de la tierra, que sólo los grandes poetas pueden intuir en sus alucinaciones mágicas. Más tarde encontró en el hombre el principio y el fin de su poesía y publicó su primer libro, «Espacio, me has vencido», transido de amargura y ternura infinitas. Ricardo Ariel, al reunir a los poetas del «Grupo Madrugada» en una Antología, al referirse a la obra de César Davila Andrade, decía: «Profundo. Buscador de mundos en los granos de arena o en las imágenes de los espejos. Vigia en el mástil más alto, para abarcar en sus ojos una cosmogonía infinita». Y León Felipe aseguró que frente a Davila Andrade teníamos presente al más alto poeta joven de América.

CRISTOBAL GARCES LARREA

Bogotá, agosto de 1950.